

cambio de las fachadas que formaban las aceras: las casas crecían, su aspecto mejoraba, se ensanchan los zaguanes, y los transeuntes iban siendo de mejor traza. Como fantasmagórico cuadro, el gran mercado de la Merced mostró su vasto recinto, henchido de tupida y movediza muchedumbre; y un gran rumor de discordantes voces, procedente de aquel colmenar enorme, hirió los oídos. El wagón llegó á su término, frente á la oblicua fachada de la pesada iglesia de Loreto, después de atravesar la yerma plazuela del mismo nombre.

Nuevo cambiar de wagón, los hermanos pasaron al circuito norte, que corrió por largas, tristes y poco transitadas calles. En rápido desfile se vió cruzar el alto y rojizo muro de San Ildefonso, luego la plazuela de Santo Domingo, y el tranvía acabó su periódica revolución, deteniéndose delante del pórtico de la Cámara de diputados.

Para el loco no hubo tal paseo; su cuerpo, llevado por el wagón, pasó por calles diversas y opuestos barrios; pero su alma, asediada por ideas melancólicas, y acosada por tétricas y crueles visiones, no se hizo cargo del vistoso panorama que su hermano contempló.

No por ver las calles olvidó éste cumplir con el infeliz sus paternales cuidados: ya le arreglaba el embozo de la capa, ya le componía el sombrero, ya le llamaba la atención, mostrándole algo; pero esto último era en vano, pues no llegaban al alma de aquel desgraciado los sucesos del mundo, y, si acaso la pobrecita desplegaba sus encogadas alas, haríalo en yo no sé qué tenebrosas profundidades.

Don Joaquin dió por terminada la excursión. Dando el brazo á su hermano recorrió la calle del Factor, llegó á la de Vergara, y penetró en su habitación, donde volvieron á su terrible reposo el cuerpo inerte y el alma enajenada del pobre loco.

CAPÍTULO II

El parecer de un médico de fama

Pacotillas salió muy conmovido de la casa de huéspedes, sentía una aflicción profunda, le acosaban las más tristes reflexiones, y le abrumaba una tensión de espíritu tan fatigosa, que, para divagarse y esparcirse, se dirigió, poco menos absorto que el pobre loco, por las calles de San Francisco, rumbo á la Alameda.

El, que era tan dado á cavilar, cuánto no discurriría sobre el fecundo tema que le proporcionaba el triste espectáculo que acababa de presenciar. Nada somos, pensaba, bien está; cabe resignarse al aniquilamiento final, á la disolución del ser como remate de la evolución, á la muerte, en fin; pero ¿cómo conformarse con ser menos que nada, con morir sin perecer, con conservar el calor y las palpitations de la vida, y tener aterida el alma por el frío y el reposo de la muerte; con que se bañe el cuerpo en la luz del día, mientras está sumergido el espíritu en una noche interminable?

Por desatinados que estos conceptos fueran, créalos propios, tratándose de la locura. ¿Qué es la locura? seguía pensando, ¿qué es en sí misma, qué relaciones

tiene con la muerte? Todos coligen algo, pero ni los más sabios saben á ciencia cierta lo que hay; y aquí acudieron á su mente, como por misterioso conjuro evocadas, las opiniones que sobre tan singular estado de nuestro espíritu han aventurado los grandes poetas, han emitido los pensadores más insignes y han formulado los alienistas más estudiosos.

No le gustaban las secas fórmulas de los últimos, algo le placían los severos dictámenes de los pensadores; pero le agradaban más los floridos conceptos, que la poesía esparce sobre la locura, páramo del espíritu, noche de la inteligencia, desenfreno de la razón, ruina é irremediable deformidad del ser moral. La imagen radiante y luminosa que proyecta la poesía sobre el fantasma gris de la locura, será menos precisa, menos sabia, si se quiere, que la frase de hechura técnica, con que la ciencia marca la estúpida fisonomía del orate; pero es más hermosa, más henchida de significación, más repleta de ideas y mucho más fecunda.

Y cavilando el estudiante sobre este tema, y lanzándose á caza de imágenes poéticas, creyó ver al género humano caminando entre dos abismos insondables: la locura, abismo del espíritu en que se despeñan muchos; la muerte, abismo del ser en que se precipitan todos.

Acabaron por parecerle vacías, raquílicas y desmedradas aquellas imágenes, que antes le parecieron henchidas, exuberantes y lozanas; acabó por preferir la sencilla y candorosa frase, con que el vulgo califica á un loco, llamándole persona fuera de sí. ¡Qué definición tan significativa, qué frase tan sabia! pensaba Paco.

Cansóse de sondear aquel terreno estéril, mas antes de descender de las cimas de la abstracción, quiso, conforme á su primer programa, parangonar la muerte y la locura, y después de comparar al loco con un ser que llega al crepúsculo de la muerte, atravesando antes la noche de la sinrazón, y de discurrir otras cosas que no apuntamos porque fueron todavía más estrambóticas, bajó de lleno á la concreta realidad. Hizo bien; á seguir persiguiendo por más tiempo aquella sombra intangible, hubiérase vuelto loco él mismo ó por lo menos le hubiera dolido la cabeza y habría perdido miserablemente el tiempo.

Ya no pensó más en la locura en general, sino en el infeliz de quien acababa de separarse; y después de compadecerlo como era justo, las ideas del joven siguieron un rumbo muy singular. En la desesperada situación de aquel desventurado, vislumbró una esperanza para él mismo; la noche que pesaba sobre el espíritu del loco, fué un rayo de luz para la oscura senda por donde hacía tiempo caminaba Pacotillas.

Así lo quiere nuestra mezquina naturaleza y el círculo de hierro de las necesidades de la vida; la muerte de unos seres es condición de existencia para otros, las flores brotan sobre las sepulturas corrompidas, el heredero, afligido por la pérdida del padre, piensa sin querer en las riquezas de que va á ser dueño.

Pacotillas estaba meses hacía agobiado por la mayor necesidad, su miseria había llegado á ese grado de algidez insoportable, en que toma las formas del hambre, de la desnudez, de la oscuridad, del frío; á ese grado, en que

el látigo brutal de la necesidad física saca á la fiera de su antro y arma la diestra homicida del criminal. En esas condiciones, el alma más luminosa se vuelve sombría, y truécase en hosco el carácter más festivo; se maldice á la sociedad por injusta, por mala repartidora, pues mientras harta á unos, mata de hambre á otros, y la memoria repite con insistencia la terrible frase de Proudhon: «La propiedad es un robo.» En tan desesperada situación los malos matan y los buenos se matan.

Pacotillas se aproximaba ya á esa horrible situación de espíritu, todos los recursos se habían agotado, discretos y generosos amigos le habían prestado sumas que no podía devolverles, había empeñado cuanto poseía y vendido cuanto encontró compradores. ¿Qué más? Hasta sus libros de texto habían ido á parar de uno en uno en manos de los libreros de viejo, que los habían pagado á vil precio; justamente esa mañana había vendido en tres reales su último libro, anduvo de librero en librero y nada más pudo conseguir, por eso hizo esperar tanto á don Joaquín. ¡Quería llorar sangre al recordar tal sacrificio! El año pasado no se pudo examinar, ¿qué cabeza había de tener para estudiar con fruto, cuando la fría miseria le helaba hasta los huesos, distrayéndole con brutales exigencias, hiriéndole con rudos golpes y aterrándole con horribles perspectivas? ¡Qué meses los últimos! ¡Espantosos días y tenebrosas noches!

¿Y su infelicísima compañera? ¡Ah! Sentía rompérsele el alma al pensar en ella; ¡qué resignación! ¡Qué heroicidad! ¡Qué dulzura! Jamás exhalaba una queja; aquella muchacha era capaz de sonreír al perecer de miseria, como

sonreían las vírgenes cristianas cuando las destrozaban las fieras del circo.

Al pensar en esto Paco lloraba de veras, sentía que una garra, más cruel que las del tigre, se le hincaba en el corazón, haciéndoselo pedazos. Vagaba por las hermosas calzadas de la Alameda, henchidas de luz y de perfumes, recorridas por niños juguetones, por damas hermosas, por gentes alegres y satisfechas; y tanta placidez, tanta infancia, tanta alegría hacían mal al estudiante, pareciéndole las frescas arboledas más fúnebres que los llorones y cipreses de un panteón.

¿Cómo no había de pensar un poco en sí mismo? Había llegado al caso extremo del naufrago que se ase del cable que le arrojan. La miseria desalmada trocaba sus necesidades en ciegos instintos que huellan toda consideración. ¿El Dante en su inmortal poema no pasma nuestro ánimo con la siniestra figura de Ugolino el famélico, hundiendo los voraces dientes en la carne fresca de sus hijos?

El alma delicada y escrupulosa de Paco evocaba tan terrible imagen para justificar la esperanza que había brillado en su alma momentos hacía, y en la que por cierto nada había de sangriento ni de censurable, ni siquiera de egoísta. Reducíase la tal esperanza á ser el practicante del loco. ¿Quién le había de tratar mejor que Paco? ¿Con que cariño y eficacia pondría en práctica las prescripciones del médico?

Suponiendo que así llegase á suceder ¡qué inmensas ventajas le resultarían á Paco! ¡Cómo mejoraría la condición de la pobre Amalia! Vivirían en el campo, lejos de esta vil gente de la ciudad, fuera de sus inmundas calles

y de sus malsanas habitaciones; vivirían al aire libre, entre plantas, entre flores, entre aladas aves, á la sombra de copudos árboles. Mucha luz para sus ojos, mucho aire para sus pulmones, mucha felicidad para su corazón. ¡Qué hermoso había de parecer á los que se habían amado en el horror de un tugurio húmedo y sombrío, amarse en un jardín lleno de luz, de pájaros, de aire puro y de hermosas flores!

¡Qué idilios forjó con este motivo la fantasía de Paco! ¡Qué escenas tan deliciosas se prometió, y cuántos goces exquisitos saboreó anticipadamente! Por las mañanas paseos en el jardín; cogida Amalia del brazo del joven, conversando los dos alegremente y riendo como unos chiquillos; por la tarde lecturas en algún sitio boscoso y fresco, á orillas de una corriente de agua.

La calma renacería en su espíritu, volvería á comprarse libros, volvería á estudiar; ya no le turbarían el fresco recuerdo del hambre de ayer, el punzante aguijón del hambre de hoy y la horrenda amenaza del hambre de mañana. Sí, volvería á estudiar y con ahinco, acabaría en dos años, se recibiría, se casaría con Amalia y serían muy dichosos. Habían sufrido tanto los dos, que no era temerario esperar aquella compensación y aquel premio de dolores tantos y con tanta resignación sufridos.

A impulso de tan lisonjero ensueño disipóse poco á poco la tristeza del estudiante y se trocó en bulliciosa alegría. Se dirigió á toda prisa á su casa á comunicar á su compañera sus proyectos, á infundirle el grato calor de la esperanza; por el camino siguió pensando en zenzontles que cantan, en palomas que arrullan, en alondras

que se remontan, en flores que se abren, en fuentes que charlan y en amantes que se adoran.

Como lo concertaron, Pacotillas y don Joaquín viéronse á las tres de la tarde del siguiente día para ir á la consulta del renombrado facultativo, cuyo luminoso dictamen había de decidir si el desgraciado loco tendría remedio ó no. Dirigiéronse, pues, á la casa de la celebridad médica. Don Joaquín daba el brazo y la acera á su hermano, Pacotillas iba al otro lado de don Joaquín.

El acreditado y muy conocido doctor vivía en lujosa casa situada en calle céntrica. Pavimento de mosaico, marmórea escalera de nikelados pasamanos, elegante corredor con macetas de porcelanas, conteniendo plantas exóticas, imprimían un aspecto sano y agradable á aquella casa, adonde acudían tantos enfermos. En el ala izquierda del piso bajo estaban el gabinete de estudio del facultativo, la sala de consultas y la antesala de espera.

En la puerta de la calle había varios coches que habían conducido á algunos de los enfermos que fueron á la consulta de ese día. Al llegar nuestros conocidos se les acercó una especie de conserje con correcto traje negro, el cual les dijo con mucha urbanidad:

—Sírvanse ustedes tomar su número.

Y les presentó una ficha redonda de hueso, marcada con el número veinticinco, advirtiéndoles que valía dos duros. Pagólos don Joaquín y el conserje les dijo que pasaran á la antesala, cuya puerta les mostró.

—¡Caramba! —pensó don Joaquín,—acaban de dar las tres y ya se ha embolsado este doctor cincuenta duros,

una providencia ha de ser si devuelve tanta salud como monedas recibe.

Bien amueblada y llena de luz era la antesala; sentadas en ella había hasta diez y seis personas esperando su turno. Iban en busca de salud, ese tesoro que derrochamos alegremente cuando lo poseemos, y que, cuando lo hemos perdido, diéramos, de buena gana á tenerlas, las fabulosas riquezas de Creso por recobrarlo.

No todos los que esperaban eran enfermos, como la mitad eran acompañantes de los enfermos. Entre estos últimos llamaban la atención publicando su falta de salud y sobra de dolencias: una señorita muy pálida, ojerosa, demacrada, que tosía que daba compasión; la acompañaba una señora, que, por la solicitud con que la atendía y la ternura con que la miraba, se colegía que había de ser su mamá. Un chiquillo de muletas, muy flaco, muy triste, pálido como un muerto, también acompañado de su mamá; y una señora que, al parecer, sufría punzadas, pues tenía en la mano un pañuelo que se aplicaba en diversos puntos de la cabeza, haciendo visajes y lanzando gemidos sofocados, cuando le apretaba el dolor. También estaba en la antesala un viejecito de anteojos oscuros, enfermo de la vista.

Triste era en verdad aquel grupo de personas que, afligidas por distintos padecimientos, se reunían allí en busca de alivio. Eran indiferentes entre sí, con el egoísmo propio de los que sufren, cada uno sólo pensaba en sus males, desdeñando los ajenos y teniendo á los demás enfermos por importunos que retardaban el ansiado momento de la consulta.

Nuestros conocidos llevarían cinco minutos de espera, cuando se abrieron las vidrieras del fondo de la antesala, que hacían comunicar ésta con el gabinete de consulta. Salió, atravesando la pieza con raros y desordenados pasos, un hombre como de cincuenta años que parecía atáxico; al mismo tiempo se oyó una voz robusta que decía desde la pieza contigua:

—Pase el número 18.

Al oír tal voz se puso en pie la enferma del pecho, siguióla su mamá, entraron al consultorio, cerrándose las vidrieras. Los que esperaban su turno hacían distintas señales de impaciencia; unos se agitaban en sus asientos, otros cuchicheaban con sus acompañantes, alguno daba vueltas por el saloncito, y algún otro contemplaba de pie, ya los bustos de las consolas, ya los cuadros que decoraban las paredes.

A los cinco minutos las vidrieras se volvieron á abrir, se oyó la voz de la mamá que pedía más explicaciones, mientras la joven con ansiosa respiración atravesaba la antesala para salir; en seguida la misma voz de antes exclamó:

—Puede pasar el número 19.

El llamado fué el señor de las gafas. Sin duda el facultativo le conocía muy bien, y no necesitó más que echarle un vistazo, pues el enfermo de la vista salió á los dos minutos, y fué llamado el número 20.

Era éste el chiquitín de las muletas, que, seguido de su mamá, entró al *sancta sanctorum*; la consulta fué más larga esta vez, y exigió algunas manipulaciones dolorosas, pues se oyeron lastimeros y repetidos ayes del infeliz lisiado.

En esto el cónclave de enfermos se aumentó con uno más, y era tan conmovedor su aspecto, que, no obstante la indiferencia con que aquellos seres se veían, se interesaron por la persona que llegaba, como si hubieran comprendido que sus dolores debían acallarse en presencia de un dolor mayor. La que había entrado era una señora, como de cuarenta y ocho años, con la cara hinchada, los labios gruesos y amoratados, abotagados los párpados y abultado el vientre. Andaba con mucha dificultad y respiraba con tal ansia y ruido, que parecía ahogarse á cada paso que daba. Se apoyaba en el brazo de un joven, que, según las apariencias, había de ser su hijo.

Sentóse ó, por mejor decir, se dejó caer pesadamente en un sillón; apoyó la cabeza en el respaldo, levantó los ojos y mostró tan patética expresión de sufrimiento, que el poseedor del turno inmediato, que era el personaje impaciente que se divertía viendo los adornos, se enterneció, y, dirigiéndose al joven, le dijo:

—Caballero, esa señora no puede esperar mucho tiempo, ¿quiere usted aceptar mi turno?

—Con mucho gusto, señor, y mil gracias,—dijo el joven.

—¡Dios se lo pague!—dijo la enferma con ronca voz, sofocándose y haciéndose aire con el pañuelo.

Y siguieron repitiéndose en aquel lugar monótonos y tristes incidentes, semejantes á los que van contados. Las vidrieras siguieron abriéndose para dar salida al enfermo que se retiraba; siguió oyéndose la voz que llamaba á otro enfermo, llegaron tres más con sus respectivos acompañantes; por fin, llegó el momento en que la voz dijera:

—Pase el número 25.

Pacotillas y los hermanos Rodríguez se levantaron y entraron al consultorio. Este se hallaba decorado con los severos emblemas del estudio, y con los imponentes y, á veces, tétricos símbolos de la profesión médica. Grandes estantes de nogal, llenos de libros, cubrían las paredes; un blanco esqueleto se destacaba en un ángulo, y, haciéndole juego, se veía en otro una negra momia; colgaban por aquí y por allí láminas de Anatomía, representando las abiertas cavidades con las correspondientes vísceras, las rojas arterias, las azules venas, ó la blanca y enmarañada red de los nervios.

Brillaba sobre una gran mesa el metálico tubo de un microscopio, y bajo sendos capelos de vidrio mostraba un cerebro de pasta los simétricos hemisferios y las sinuosas circunvoluciones, y una pieza anatómica representaba los muchos ramos de la maxilar interna. Había en la misma mesa frascos de ancha boca, lacrados y llenos de alcohol, en el cual flotaban distintos fetos.

El profesor esperaba de pie, á un lado de la mesa, que entrasen los que iban en busca de su renombrado saber. Era un hombre alto, robusto, de encendidos pómulos; vestía con esmero, sus maneras eran despejadas y agradables, hablaba con locuacidad y trataba con mucha amabilidad á sus enfermos.

—¡Usted por acá, señor Téllez!—dijo, reconociendo al estudiante; tendió la mano á don Joaquín, haciéndole una cortesía correctísima, y luego, acariciando con mucha gracia las espaldas del pobre licenciado, dijo:

—¡Ah! éste es mi enfermito, viene publicando su

enfermedad; basta fijarse en esa *facies* característica para hacer la *diagnosis*. ¡Oh! sí,—dijo, clavando en el loco la mirada inteligente, y sonriendo, como si se burlara de la enfermedad, en *un cierto* aire de depresión, en *una cierta* atonía de la mirada, en un *un cierto cachet*, como dicen los franceses, se adivina que se trata de una lipemania, ó delirio melancólico, muy probablemente complicada con ciertas ideas delirantes de carácter monomaniaco, se observa en la *inmensa mayoría* de los casos.—¿Verdad, señor Téllez?—dijo riéndose, y dirigiéndose á Pacotillas, que se inclinó en señal de asentimiento.—¡Oh! ¡oh! Mucho conozco yo estos casos, pero siéntense ustedes, amigos míos; usted acá, señor Téllez, usted acá, caballero, y mi enfermito por acá.

Mostraba aquel hombre una amabilidad tan exquisita, trataba á sus enfermos con tan cariñosa familiaridad, hablaba de las enfermedades con tal aplomo, riéndose con tanta gracia de ellas, y manifestando tal seguridad de vencerlas, que inspiraba gran confianza á sus enfermos. Sin duda en esa confianza entraba por mucho, algo que, á falta de mejor calificativo, llamaremos influencia magnética, y que dependía de la fisonomía inteligente, de la mirada viva y chispeante del profesor, de su tono un si es ó no es enfático, y de la soltura y desenfado de sus movimientos todos.

—Vamos á ver, amiguito,—dijo el cariñoso doctor, palmeando al licenciado, después que hubo acomodado á todos, y que se arrellanó él mismo en un sillón junto al paciente,—¿qué tenemos? ¿de qué estamos malitos? ¿eh?

Pronunció estas palabras con tan insinuante tono que pareció deshacerse el hielo de la estúpida indiferencia del enfermo, el cual, alzando la cabeza, clavó sus desmayados ojos en los animados y vivos de su doctor. Este le vió con tal fijeza que parecía lanzar por los ojos rayos esclarecedores de las tinieblas de aquella mente enferma, volvió á acariciar con la mano derecha la espalda del loco, y con voz más insinuante que antes le dijo:

—¡Eh! amiguito, ¿qué sucede? ¿de qué estamos malitos? ¡vamos, amiguito, hable!

Y el paciente, haciendo su ademán habitual, dijo al fin muy despacio:

—Este agujero, este agujero, este agujero, este agujero...

—¡Ah! ¡vaya! —exclamó el doctor, riendo,—¿con que tenemos la cabeza agujerada? ya me lo figuraba, no hay cuidado, ya veremos el modo de tapar ese agujerito, ya prepararemos un trapo para echarle un remiendo á esa cabeza rota.

El doctor, al decir todo esto, reía festivamente, viéndolo, ya al enfermo, ya á don Joaquín, ya á Pacotillas. Después comenzó el verdadero interrogatorio, inquirió con minuciosidad todos los antecedentes: estado mental de los padres, de los abuelos y bisabuelos, hasta donde alcanzó la memoria de don Joaquín; el carácter, las costumbres y el género de vida del licenciado, las enfermedades que había padecido antes, los acontecimientos que hubieran podido conmoverle ó preocuparle, el modo de aparición de la dolencia y los síntomas que hasta ese momento se habían observado.

En seguida procedió á examinar al enfermo. El doctor dejaba traslucir sus impresiones; ya fruncía el entrecejo, ya sonreía, ya lanzaba sonidos guturales como si gruñera ó tarareara, ya dejaba escapar exclamaciones como ¡ah! ¡ah! ¡eh! ¡eh! ¡oh! ¡oh! y como hombre acostumbrado á practicar la ciencia y á enseñarla, daba de vez en cuando á Pacotillas lecciones sobre aquel caso, diciendo:

— Note usted esas pupilas; ¿ve usted ese *otematoma*? el color terroso de los tegumentos, ¿eh? la palidez de las mucosas accesibles, ¿eh? este aplanamiento del occipucio, ¿eh?

Por último, después de haber examinado á todo su sabor al paciente, después de haber preguntado y vuelto á preguntar, después de haber intercalado sapientísimos comentarios, destinados á ilustrar á Pacotillas, llegó el momento solemne en que el doctor dijera su opinión. Se acomodó bien en su asiento, ofreció cigarros, encendió el suyo en la llama que Pacotillas le presentó, sonrió con infinita gracia, tosió para limpiarse el pecho, y con voz sonora y entonación entre enfática y melosa, habló así:

— Nuestro pobre amigo está bien malo, *bajo diversos puntos de vista* me parece su estado inmensamente alarmante. No es precisamente ésta la oportunidad de discutir si se trata simplemente de una frenopatía, sin lesiones concomitantes en el encéfalo, ó si existen, como yo lo creo, alteraciones ateromatosas en los vasos, y *degenerencias* en las celdillas encefálicas de nuestro pobre señor licenciado. El señor Téllez sabe bien la mucha importancia de esta cuestión, que no me es lícito más que

plantear en este momento, indicando de paso mi parecer.

Mientras por tan sabio modo se explicaba el doctor, don Joaquín le oía absorto y casi aturdido, abriendo tamaños ojos; hasta allí no había entendido una sola palabra, y esperaba con ansia que la lumbrera científica se dignara bajar de aquellas altas regiones y hablase la lengua de los simples mortales.

— En suma, — siguió diciendo el doctor, — aquí se trata de una enajenación mental de carácter lipemaniaco, teniendo las ideas delirantes *una bien marcada* determinación hipocondríaca. Aunque lamentable, esta desgracia se explica bien, por la vida sedentaria, por el trabajo cerebral excesivo del señor. ¿Qué quieren ustedes, amigos míos? (aquí intercaló en su discurso una sonrisa muy agradable), á eso estamos expuestos los que pasamos la vida estudiando y pensando en el bien de los demás (aquí exhaló un suspiro, y le dió tres fumadas seguidas al cigarro). Ahora se me preguntará la suerte que le está reservada á ese buen hombre, y yo diré que de cien probabilidades ha perdido las noventa y nueve, (dijo esto con acento muy triste, pero se sonrió en el acto y lleno de confianza siguió hablando); mas agregaré que la única probabilidad que queda en favor de este infeliz, no es de despreciarse, y secundada por la ciencia puede dar mucho de sí, ya se han dado casos, algunos he visto yo, que no cuento por no importunar á ustedes, ¿no es verdad, señor Téllez?

Después de lo cual el profesor dijo á don Joaquín lo que, con menos tecnicismo y la propia sustancia, había

opinado Pacotillas la víspera; es decir: que había que optar entre poner al enfermo en San Hipólito, ó en una casa de campo, rodeándole de personas competentes y de medios adecuados. Don Joaquín dijo que se decidía por lo último, y sobre este nuevo y definido tema, el profesor disertó así:

—Nada más fácil de lograr, habiendo, como hay en usted, buena voluntad y recursos sobrados. Se busca una casa por Tacubaya ó San Angel, que tenga las condiciones de exposición, de ventilación y demás que reclama la higiene. Puesto que usted lo desea me encargo de buena voluntad de dirigir la curación, haré una visita semanal, yo quisiera ir más á menudo, pero el público me favorece tanto (aquí sonrió, fumó varias veces el cigarro, y demostró la misma mortificación que una señorita cuando confiesa que la enamoran), que no me queda materialmente tiempo ni para comer. ¡Ay! amigos míos, esto es una vida de perros. Pues, como iba diciendo, haré una visita semanal. Por fortuna no se necesita más, porque instalaremos en la casa un practicante inteligente, como el señor Téllez ú otro cualquiera, el cual se encargará de observar al enfermo, y poner en práctica mis prescripciones. En cuanto á honorarios, ¡pst! no nos hemos de parar en eso; para mí es lo de menos, para usted igualmente, pues es de los favoritos de la fortuna. Con que así es, amigo mío, y no voy á decirlo por fijar precio, sino para que tenga usted una base en sus cálculos, que yo cobraré cien duros cada mes, el practicante creo que se conformará con cincuenta; ¿usted se conformaría, señor Téllez?

—Sí, señor, — contestó éste.

—Pues ya ve usted qué fácil es el arreglo, señor Rodríguez. Las ventajas son incalculables: ese caballero infeliz, sometido á un plan tónico, reparador, reconstituyente, regenerador, fortificante; respirando un aire rico en oxígeno, y exento de impurezas, gérmenes y microbios y de toda emanación palustre; y *tentando*, además, atender debidamente las indicaciones sintomáticas, viendo de calmar el insomnio con sustancias hipnóticas, administradas por la vía hipodérmica, de combatir la tendencia á las congestiones con revulsivos y otros medios adecuados, que me propongo instituir, no olvidando la conveniente administración de los compuestos fosforados, pues, como lo sabe muy bien el señor Téllez: *pas de phosfore, pas du pensée*, lograremos volver á su funcionamiento normal la máquina desarreglada de ese cerebro y tapar ese agujero que tanto molesta al señor.

Y el galeno se puso en pie, dando á entender que la consulta había terminado. Salieron los tres, el loco tan impasible como entró, su hermano lleno de esperanzas, y Pacotillas con la seguridad de que él sería el practicante que pusiese en ejecución las sabias órdenes de aquel médico de moda.